

mo espíritu, con que ha elaborado su trabajo personal. ■ JOSE MONLEON.

Teatro del Ministerio...

La historia merece aclararse brevemente. En el Nacional María Guerrero, el Teatro de Cámara del Ministerio de Información y Turismo acaba de presentar una versión de "Nuestra ciudad", de Thornton Wilder. Es casi seguro que más de un lector pensará que estamos aludiendo a un renacido Teatro Nacional de Cámara, inesperadamente lanzado a reponer un título que figura entre los clásicos del moderno teatro norteamericano, que se estrenó en España hace unos veinte años y que incluso ha figurado en los programas de nuestra televisión.

La sospechada contradicción se desvanece, sin embargo, cuando, una vez en el teatro, descubrimos que se trata de un grupo de aficionados formado por funcionarios del citado Ministerio. Las bases del juicio se reacomodan entonces a la realidad y llegamos a la conclusión de que se trata de un trabajo modesto y honestamente hecho, que consigue, en todo caso, llevar hasta el público, abundante y de aire familiar, la bien conocida pieza de Wilder. Su carácter de limpia crónica de unas cuantas vidas nada excepcionales; su mezcla de emoción y distanciamiento narrativo; su voluntad de hacernos sentir trascendente lo cotidiano; la inteligente articulación entre la compleja estructura del drama y la posibilidad de ser representado de un modo sencillo y directo; todo eso consiguió crearlo, dentro de los niveles que son propios del teatro de aficionados, el grupo del Ministerio de Información y Turismo.

Y aquí vienen ya las inevitables interrogantes. ¿No es equívoco presentar a un grupo formado por los funcionarios como el Teatro de Cámara del Ministerio de Información y Turismo? ¿No viene a plantear el grupo una conciencia teatral que no se corresponde con la política de la Administración?

Restringida más y más la actividad de los teatros nacionales, muerto como está el Teatro Nacional de Cámara, el Ministerio de Información y Turismo acaba de apuntarse un éxito... gracias a sus funcionarios. ■ J. M.

ARTE

Me doy cuenta de cuántas exposiciones, vistas ya por mí, me quedan por comentar en estas páginas. Y como los buenos propósitos no faltan, he decidido dar comienzo a un régimen nuevo para estas crónicas: la "reforma" —ahora que la palabra tiene actualidad— de mis críticas en TRIUNFO. ¿Pero cuándo empezaría? Año nuevo, vida nueva. El próximo año no estaría mal. Pero no. Estaría mejor mi día: el día de los Inocentes. Yo no soy inocente. Incluso cuando era un inculpado, me molestaba esa palabra. "Inocente, no; por favor". Acepto ser tonto, pero no inocente. Bueno; pues a ver si empiezo el día de mis santos patronos. Es difícil, lo comprendo, pues lo que de verdad hace falta es que yo trabaje más. A lo cual, lo confieso, no soy un gran aficionado. Pero ahora, todavía en el "ancien régime" de mis crónicas, debo comentar la exposición de Chirino.

Martín Chirino, esculturas

Galería Juana Mordó (Madrid)

La exposición que hizo Chirino en Juana Mordó —en la gran Juana, de la calle Castelló— la tituló Martín "AfroCan": Canarias, reivindicativa de la originalidad de las islas..., de la condición africana de Canarias. De acuerdo. Ha llegado la hora de que todos reclamemos nuestra personalidad, digamos nacional, dentro de la gran nación española. Yo, que soy bastante analfabeto políticamente, no voy a entrar en eso, aunque lo acepte y me parezca muy bien, pero que muy bien.

Muy bien, también, la exposición escultórica de Chirino, del "herrero" Martín. Sus piezas ahora están... ¿más limpias? Más claras, más desnudas, más luminosas... para usar los adjetivos con que calificaba Miguel Ángel la arquitectura del Bramante.

¿Pero por qué? ¿Por la reivindicación africanista de su obra? No, por Dios; por eso, no. Martín es demasiado escultor para de-

jarse llevar por africanerías y otros fáciles argumentos, no. Pero...

Yo no digo que determinadas realizaciones africanas hayan influido sobre su concepto de la forma. Pero un sentido "africano" de la forma, sí. Como ejerció alguna sugestión sobre Picasso y hasta sobre Brancusi. Lo africano..., es decir, lo no europeo, se apoyaba en un sentido de la forma ajena al sentido nuestro de la representación. Era, para decirlo de alguna manera, el sentido de la funcionalidad: se trataba de indicar una conexión no representativa de funcionalidades incluso mágicas. Se atendía más al mecanismo de la función que a la representación de la misma función. Y eso, hasta el punto de que la función, en sí, quedaba magnificada y asumía por completo el protagonismo de la obra.

En alguna ocasión he tratado de establecer la dicotomía entre la "forma de la Naturaleza" —en el conocido arte occidental— y la "naturaleza de la forma" en el arte exótico. Pues bien, yo pienso que lo que llamo aquí "arte exótico" —dentro del cual sitúo al "africano"—, si estaba sujeto al mecanismo de la representación, era porque estaba maniatado por el "a priori" de la forma de la Naturaleza. El exótico —el africano, por supuesto, también— no representaba tanto

—salvo en algunos bronce de Benin— lo que hacía ese arte era asumir en su funcionalidad la naturaleza de la forma.

Chirino no es que haya llegado hoy a su situación actual. El ha llegado a lo que ha llegado por impregnación del arte —y especialmente de la escultura— de nuestro siglo. Lo que pasa es que ese arte ha asumido y hecho suyo, artísticamente, el legado de todos los pueblos del mundo. Para bien o para mal..., yo creo que para bien.

Y eso es la escultura de Chirino. No "forma de la Naturaleza", sino "naturaleza de la forma". Naturaleza, es decir, sentido funcional, vital, sanguíneo, de cada volumen en relación con los demás; de las formas livianas en relación con las formas pasadas, de las líneas de fuerza en relación con las masas que significan detención...

Yo no creo que nada de lo que vengo diciendo se haya hecho conciencia en Martín Chirino a la hora de su reivindicación africanista de la tierra canaria. No es eso. Pero una oscura conciencia clara que debe latir en él. Y debe darse cuenta de que, en la medida que insiste en su condición contemporánea de su escultura, va insistiendo mucho más, cada vez más, en la condición canaria y, por tanto, africana de la misma. ■ JOSE MARIA MORENO GALVAN.



Chirino:
"El viento
Canarias"
(hierro
forjado), 1976.